

pantosas escenas sobre un vasto territorio, cubierto de todos los preparativos de destrucción y que parece hundirse bajo el peso de hombres y caballos: en medio del fuego y de torbellinos de humo, aturcido y trasportado por el fragor de las armas de fuego y de los instrumentos, por las voces que mandan, que gritan, que se extinguen, rodeado de muertos, moribundos y cadáveres mutilados, poseído alternativamente del temor y de la esperanza, de la rabia y de cinco ó seis pasiones diversas, ¿qué llega á ser el hombre? ¿qué ve? ¿qué sabe á las pocas horas? ¿qué puede sobre sí mismo y sobre los demas? Entre esta multitud de guerreros que combatieron todo el día, sucede con frecuencia que no hay uno solo, ni aun el mismo general que sepa dónde está el vencedor. Pudiera citarse muchas batallas modernas, famosas batallas que mudaron la faz de los negocios europeos y que se perdieron solo porque uno ú otro de los combatientes las creyeron perdidas; de modo que suponiendo iguales las circunstancias y que ni una gota de sangre se hubiese derramado mas por una parte que por su contraria, otro general habria hecho cantar el *Te Deum* y obligado á la historia á decir lo contrario de lo que dirá. Y en nuestros días, tan fecundos en milagros, ¿cuántos acontecimientos contrarios á los mas evidentes cálculos de la probabilidad no hemos visto cumplirse á despecho de todos los esfuerzos de la prudencia humana! ¿No hemos visto hasta perder batallas ganadas? Creo, pues, en general que las batallas no se ganan ni se pierden físicamente, por lo cual conviene pedir á Dios un buen éxito y darle gracias por ello, tanto mas en la guerra, que es la cosa del mundo que mas inmediatamente depende de Dios, el cual respecto de este punto ha querido restringir el poder natural del hombre, y llamarse á sí mismo *Dios de la guerra*. »

§ 2. FUENTES DE LA HISTORIA DE LA GUERRA ;
DESPUES SE HABLA DE LA PRESENTE.

Tres clases de escritores nos han trasmitido las operaciones guerreras: unos, actores; otros, simples relatores; otros, en fin, razonadores, los cuales quisieron reducir las prácticas á ciencia y descubrir y exponer su filosofía. Los primeros pueden considerarse como verdaderos maestros de la ciencia militar, como son los Griegos Jenofonte y Arriano, los Latinos César y Ammiano Marcelino; en la edad média Joinville y Villehardouin, y entre los modernos Rohan, Montecuccoli, Villars, Catinat, Turena,

el ejército se habia desbandado. Aquellas afirmaciones de los buenos soldados los honran porque son sinceras é hijas del espíritu de cuerpo, que es un gran estímulo de virtud militar; el historiador alabando las causas que le han inspirado, debe sin embargo proceder con mucha circunspección en adoptar sus consecuencias. » *Consideraciones sobre los acontecimientos militares de marzo de 1849.*

Federico II, Napoleon y muchos que se formaron en sus escuelas, los cuales, reducidos inesperadamente al descanso, refirieron lo que vieron y meditaron sobre lo que habian referido; y hasta los que ahora nos cuentan la empresa de Argel, las desgraciadas guerras de Kiva y del Afganistan, y la irresoluta expedición de la China.

Es costumbre comun á los historiadores antiguos detenerse en la descripción de las batallas, haciendo un verdadero ejercicio de retórica que los modernos han tratado de imitar, añadiéndole hasta la inconveniencia. Concebidas sus narraciones bajo este aspecto, no suministran gran luz á la historia del arte, y poco mas que la mitología difunde sobre los hechos verdaderos. Si algunos de los historiadores no fueron, sin embargo, hombres de armas, tomaron de estos las noticias que nos transmiten; hablan, pues, por boca de ellos y tienen autoridad. A esta clase pertenece Polibio.

Sobre los hechos que estos expusieron, otros razonaron, y auxiliados de la filosofía dedujeron las reglas del arte. Tales son Frontino, Eliano, Onexandro, Julio Africano, los emperadores Leon y Constantino entre los Griegos, el Latino Vegetio, y los modernos Maquiavelo, Falard, Lloyd, Tempelhof, Retzow y otros muchos.

Algunos trataron de las mejoras de alguna arma en particular, lo que se hizo principalmente respecto de las de fuego cuando no eran todavía tan refinadas que llegasen á hacer que desapareciese la duda sobre su oportunidad; despues sobre el uso y los ejercicios de la caballería, y sobre los órdenes profundo y tenue ó extendido (1).

En nuestros días se ha querido colocar la guerra entre las ciencias, aplicándola todos los progresos y los métodos mas rigurosos, especialmente desde que la Revolución francesa llamó á las ciencias en auxilio de las armas para ayudarla á defenderse contra toda Europa; y las empresas de Napoleon tomaron el aspecto de doctas expediciones, en las que un Estado Mayor sabio dirigía las operaciones y sacaba luz de todos los accidentes. Las terribles lecciones de aquel tiempo se meditaron luego durante una larga paz, y jamas en ningun tiempo se estudió y se hizo tanto respecto del arte militar para mejorar las armas y los métodos y completar la filosofía de esta ciencia. En él se hicieron notables los nombres de Dumas,

(1) GUISSART, *Mém. crit. et historique sur plusieurs points d'antiquités militaires*, 1775.

— *Mém. militaires sur les Grecs et Romains* 1758.

GUIBERT, *Essai général de tactique*.

NAST, *Kriegsallert hümer*. Stutgard, 1780.

POTTER, *Archéologie*, tomo III.

DECKER, *Batallas y principales combates de la guerra de los Siete Años, considerados principalmente respecto del uso de la artillería con las demas armas* (alem.), 1839.

PAPACINO D'ANTONI, *Exámen de la pólvora*, Turin, 1765, y así otras hasta Napoleon III.

Pelet, Vagner, Muffling, Napier, Chambray Saint-Cyr y otros que omitimos para recordar los dos mas ilustres, el príncipe Carlos y el general Jomini. Pero los libros de esta ciencia solo instruyen á los que ya la saben; de modo que difícilmente recurrirá á ellos quien desee ver cómo la mente dirige el brazo en las misteriosas alternativas de la guerra.

Despues algunos, no satisfechos con tratar cualquiera punto parcial, quisieron extender el prospecto general de los quiseros de este arte de ofensa y defensa, que fué de los primeros que surgieron entre los hombres y tan léjos está todavía de sus mas formidables perfeccionamientos. Entre ellos citaré á Carrion Nisas (1), autor algo apresurado, aunque bueno en la parte antigua: se aprovecha de los clásicos; pero por falta de ellos es inexacto y fugaz en la edad média; en los tiempos modernos faltan las grandiosas teorías hoy generalmente aceptadas, y pierde todo su precio en las guerras de la Revolución. Roquencourt se valió de esta obra en la historia que antepuso al *Curso elemental del arte de la guerra* (2), en donde estando ya informado de las doctrinas recientes, se extiende con desigualdad sobre muchos puntos, y se entretiene principalmente en las guerras de la Revolución y del Imperio.

Hoyers (3) empleó el órden sistemático tan propio de los Alemanes. En la actualidad se está imprimiendo en Paris una *Biblioteca histórica y militar* en la que se reúnen los escritores de esta ciencia, examinándolos detenidamente y apreciándolos segun las opiniones mas autorizadas, y especialmente aquellas que en el *ocio de su breve destierro* expresó el mas ilustre general (4).

Tambien la dócil literatura vino en estos tiempos á coadyuvar á una parte de lo que podia decirse de este arte hasta entónces descuidado, y despues de la *Gröbers Kriegsbibliothek* que se principió á publicar en Breslaw en 1755, aparecieron muchos periódicos militares, de los cuales hoy ven la luz pública doce en Francia, varios en Rusia, dos en Suecia, uno de los cuales inserta las Memorias de la Academia militar de Estokolmo; cuatro en Inglaterra, uno en Sajonia, en Dinamarca, en los Países Bajos, en el reino de Hannover, en el gran ducado de Hesse Darmsdt y en la Suiza; dos en Bélgica, cuatro en Prusia, uno en Viena, donde ademas, de la parte técnica, se insertan documentos importantes para los varios ramos del arte militar y su historia; y en Italia la *Antologia militar* de Nápoles.

Dos Italianos se propusieron tratar en gene-

(1) *Essai sur l'histoire générale de l'art militaire, de son origine, de ses progrès et de ses révolutions*, par le colonel CARRION NISAS. Paris, 1824, 2 tomos en 16°.

(2) *Cours élémentaire d'art et d'histoire militaire à l'usage des élèves de l'Ecole royale, spéciale, militaire*, par ROQUENCOURT. Brusélas, 1836, 4 vol.

(3) *Geschichte der Kriegskunst*.

(4) *Bibliothèque historique et militaire*, par LISKENNE et SAUVAN. Paris, 1836 y siguientes.

ral de la ciencia de la guerra: uno de ellos despues de haberla ejercitado, pudiendo en su consecuencia publicar ideas propias; el otro, extraño á este arte, se ayudó con una extensísima erudición y un estilo que hace nacer flores en los mas ásperos páramos (1). Así es que uno da á su obra el aspecto de una árida demostración geométrica, y el otro siembra allí todas las bellezas de un libro de amena literatura. Ambos se aprovecharon de cuanto se habia escrito anteriormente; pero considerándolo bajo un nuevo aspecto. El Napolitano mira la guerra como un hecho social, y como ciencia relacionada con la civilización, por lo cual en sus diferentes épocas señala las condiciones sociales y de conformidad con ellas, los procedimientos de las várias partes de la ciencia y de la práctica militar, poniéndolas al frente de las artes, de las letras y de las ciencias; vasto cuadro en que los accesorios son á veces mas importantes que el objeto principal, de lo cual no deberá culparle quien conozca la importancia de observar bajo todos sus aspectos los progresos de la civilización (2). El otro se impone límites tal vez demasiado estrechos, que afortunadamente él mismo traspasa para dar á su asunto mayor extensión que la que podia esperarse de su título; porque el ilustre profesor solo se proponia examinar la guerra en sus diferencias entre los pueblos antiguos y modernos; pero de este modo fué acompañando á la ciencia paso á paso y observando sus condiciones en cada época.

Blanc confiesa que dió impulso á su obra y le sirvió de modelo Hugo Foscollo, que ilustrando las obras de Montecuccoli, reunió las condiciones de literato, de pensador enérgico sino profundo, y de soldado; el cual delineando la concordancia del arte de la guerra con los demas y los oficios del historiador de aquella, decia así: « La táctica y la artillería son elementos de la guerra, pero están enlazados con la institución militar que depende de la política: con la es-

(1) *De la ciencia militar considerada en sus relaciones con las demas ciencias y con el sistema social*; discurso IX de LUIS BLANC. Nápoles, 1836.

ZAMBELLI, *De las diferencias políticas entre los pueblos antiguos y modernos*, parte 1ª, *La guerra*. Milan, 1839.

(2) El mejor juez sobre este hecho escribe: « Quelques essais ont été tentés pour une histoire de l'art depuis les anciens jusqu'à nos jours. Tranchant Laverne l'a fait avec esprit et sagacité, mais incomplètement. Carrion Nisas, trop verbeux pour les anciens, médiocre pour l'époque de la renaissance jusqu'à celle de la guerre des Sept Ans, a complètement échoué sur le système moderne. Roquencourt a traité les mêmes sujets avec plus de succès. Le major Cirieau et son continuateur ont fait mieux encore. Enfin le capitaine Blanc, officier napolitain, a fait une analyse intéressante des différentes périodes de l'art écrit et de l'art pratique. » JOMINI, *Précis de l'art de la guerre, ou nouveau tableau analytique*, 1837.

De mucha importancia son los *Aperçus*, y las *Instructions pratiques* del general Bugeaud; quizá en sus preceptos encierra el sentido práctico mejor que no lo ha hecho ningun otro moderno.

EDMUNDO DE LA BARRE DUPARC, *Histoire de l'art de la guerre depuis l'usage de la poudre*. Paris, 1864.

L'art de la guerre développé et expliqué par E. HAMLEY, colonel de l'armée anglaise.

tratégica que depende de las situaciones geográficas, y con la administración militar que depende de las fuentes y de las leyes de la economía pública.

» La observación, el cálculo y la aplicación de los principios de todas las prácticas de la guerra produjeron las victorias de los Griegos y las conquistas de los Romanos. Alejandro había ordenado anticipadamente todos los medios y previsto todos los obstáculos de su expedición, que se llevó a cabo en nueve años sin alterar su proyecto, trazado antes de abandonar a Macedonia; y aunque la ejecución pertenece a Alejandro, la primera idea pertenecía a la escuela de Epaminondas y de las repúblicas de Atenas y Esparta, de donde Filipo había tomado los principios del arte y preparado los triunfos de su sucesor. La constante prosperidad por tantos siglos de tantas guerras que dieron a Roma el señorío de las naciones, quitó todo mérito a la fortuna, variable siempre en las cosas mortales, y la atribuyó a la ciencia que está fundada sobre los eternos principios del universo.

» Después de Polibio y Plutarco, adoptaron esta sentencia tres escritores elocuentes y filósofos, Maquiavelo, Montesquieu y Gibbon; pero por el siglo en que vivieron y mucho más por la naturaleza de sus estudios, sus demostraciones se fundaron más bien en las cosas políticas que en las militares, y aun cuando hubiesen dirigido su asunto a un objeto militar, solo habrían hablado de pocas épocas de la historia del arte. Guibbert se ciñe a una historia de la constitución militar de Francia, principiando por la decadencia del Imperio de Occidente y de los primeros tiempos de la Monarquía francesa; pero la muerte librándolo de una vida infeliz y mal recompensada, cortó el vuelo al ingenio.

» Pero como que esta obra se circunscribía a una sola nación, hubiera suministrado insuficiente materia a la ciencia militar. Para llegar a los principios y fijar su invariabilidad, es necesario volver a subir la escala de todos los hechos, de todos los tiempos y de todos los agentes; comparar el sistema de todos los pueblos dominadores y el genio de los célebres capitanes para descubrir las causas generales que influyeron en las conquistas de la tierra, y finalmente examinar bajo qué apariencias y con qué efectos obran en nuestros tiempos estas causas generales; lo que no se conseguirá hasta que un escritor de mente filosófica, de ánimo libérrimo y de vida guerrera (dotes difíciles de conciliar) con el estudio de los autores antiguos y modernos, de las empresas de los grandes capitanes, de las ciencias que ayudaron a la institución, a la economía, a la táctica, a la estrategia y a la fortificación, forme una historia del arte de la guerra; historia que tiene cuatro épocas determinadas por las solemnes revoluciones de aquellas partes del mundo iluminadas por las tradiciones históricas: la edad incierta, desde las memorias de los Asirios y de los

Troyanos hasta Ciro, que en los documentos de los escritores aparece primer institutor de un arte razonado de la guerra; la primera edad desde Ciro hasta la decadencia de la milicia romana; la segunda hasta la invención de la pólvora, y la tercera hasta el presente sistema militar de Europa. Cada una de estas edades solemnes subdividida en épocas mayores, determinadas por las leyes y por las teorías de los diferentes pueblos y capitanes conquistadores, presentaría la historia de todos los Estados, porque las revoluciones de las costumbres, de las religiones y de la legislación de los pueblos fueron apoyadas por las conquistas; y así como la naturaleza universal tiene por agentes la fuerza y el movimiento, y la fuerza y el movimiento del género humano se ejercitan en la guerra, así veremos, tal vez, en esta historia la esencia y el uso de las fuerzas físicas y moral del hombre y los derechos y límites de ellas (1).

Sin embargo, a muchos parece inútil y vano buscar también entre los antiguos la historia del arte que fué totalmente renovada al primer disparo del cañón, y que aun después ha tenido esenciales mutaciones y rápidos progresos desde Gustavo Adolfo hasta Montecuccoli y Turenna, desde este hasta Federico II, y luego hasta Napoleón, progresos bastantes para cambiar su faz. Tal vez por esta consideración, dice Guibbert, que de todas las ciencias en que se pone en ejercicio la imaginación de los hombres, la militar es sin duda sobre la que más se ha escrito, y donde son menos las obras que se pueden consultar.

Otros añaden que poco ó nada ayudan la historia y las teorías a un arte que es todo fuerza, y donde no obra el talento sino el brazo. Tan cierto es esto que hay guerreros notabilísimos en la historia, los cuales nada contribuyeron a los progresos del arte; batallas que mudaron la suerte de las naciones, nada innovaron en la ciencia, de modo que hay quien sostiene que tantos héroes como se distinguieron en los veintidos años de las guerras de la Revolución, siempre memorables, en nada hicieron progresar las ciencias bélicas (2).

Pero el famoso Pablo Luis Courier, al principio de su traducción del *Mando de la caballería* de Jenofonte, dice: « Muchos creen que ningún arte se aprende en los libros, y a decir

(1) En el *Montecuccoli* de Grassi; t. I, p. 253.

(2) El mayor Ferrari insertó en el cuaderno VII del *Progreso de Nápoles* una tesis concebida en estos términos: Por la calidad de los tiempos que han trascurrido desde los primeros trastornos de Francia hasta el día, llenos siempre de operaciones y hechos militares, se deduce generalmente, que de todas las ciencias, y artes, las que singularmente adquirieron ventajas son las relativas a la milicia, las cuales llegaron a un nuevo y extraordinario progreso: lo que no sucedió con las demás.

Le contestó el mayor Cianciulli, como veremos más adelante. Sin embargo, Saint-Chapelle también afirma, que « si l'on a fait des grandes choses aux armées, françaises de 1702, c'est moins avec des théories et des inventions systématiques, qu'avec la force d'âme, la vigueur du bras et l'exaltation du courage. »

verdad, los libros solo instruyen a los que saben. Estos, si alguno se encuentra para quienes el arte no se limite a un ejercicio maquinal de prácticas introducidas por la costumbre, pueden sacar algún fruto de las observaciones recogidas en diferentes tiempos y lugares; y son siempre de gran precio las más antiguas, ya contradigan ó confirmen las máximas recibidas, siendo casi el tipo de las primeras ideas, libres de muchas preocupaciones. Algunos de los preceptos contenidos en aquellos libros subsisten todavía; otros son cuestionados, otros olvidados ó condenados por nosotros, pero no hay uno que no se siga en alguna parte, y aseguro que si con lo que dice Jenofonte se quisiesen confrontar atentamente, no solo nuestros actuales usos, sino las prácticas conocidas de los pueblos más dedicados a los ejercicios de la caballería, se encontrarían mil analogías, dignas de observarse, aunque solo fuese como materia para reflexiones.

Y a decir verdad, el que dejase a un lado la parte antigua del arte de que tratamos, se privaría de una infinidad de medios de confrontación y de observaciones, tanto más cuanto que en la historia de los pueblos todas las cosas se hallan enlazadas; y aun cuando pueda parecer superfluo el estudio de la táctica de los antiguos, después que la invención de la pólvora varió en su fondo los modos de combatir, es necesario tener presente que los principios permanecen invariables. Si su táctica era más sencilla y menos docta que la de los modernos, sus ejércitos eran más escasos, más estrecho el círculo de acción; sin embargo, lo que fué verdadero una vez, tal permanece siempre si se sabe distinguir su fondo de los accesorios de tiempo y lugar. Los grandes generales de aquellas épocas merecen nuestra atención por la habilidad que demostraron con los medios que poseían, de modo que se puede sostener, que si vencieron con ellos, otro tanto habrían conseguido si hubieran conocido nuestras baterías. Pues si bien es verdad que cualquiera mayor bastaría hoy para dirigir las maniobras de Leuctra y de Mantinea como las dirigió Epaminondas, como dice Guibbert, el general Lamarque le responde que el mismo Epaminondas, si hubiese mandado la batalla de Lissa, donde se guardó el mismo orden, habría vencido igualmente que Federico II.

Por esta razón dice Foscolo: « Si se considerase que las artes están fundadas en los principios verdaderos y eternos de la naturaleza de las cosas; que del descubrimiento, del cálculo y de la aplicación de los principios se derivan las ciencias, y que la mente del arte de la guerra fué siempre una ciencia más ó menos ostensible, se sabrían, investigando estos principios, conciliar las diferencias accidentales que existen entre los métodos antiguos y los modernos; y los defensores de la antigüedad no hubieran ensalzado las formaciones profundas, ni las armas cercanas, ni nuestros contemporáneos

fundarían todo el éxito de la guerra en la artillería y en las combinaciones de su táctica. »

La guerra, según Vegetio, debe ser un estudio y la paz un ejercicio. El solo pensamiento, ó por mejor decir, la facultad de combinar las ideas, distingue al hombre de las bestias. « Un mulo, que hubiese hecho diez campañas a las órdenes del príncipe Eugenio, ¿habría por esto llegado a ser mejor táctico? Sin embargo, es necesario confesar para vergüenza de la humanidad, que por esta perezosa estupidez, muchos oficiales viejos no son más que aquellos mulos. Seguir la moda, cuidarse de su propio alimento y de su alojamiento, comer cuando se come, pelear cuando todos combaten: hé aquí en qué hacen muchos consistir el haber hecho campañas y encanecido sobre el arnés. » Así escribía el Gran Federico al general Fauquet. También indicaba Napoleón que auxilios debían buscar en la instrucción los militares de grados elevados, para sacar mejor partido y desenvolver completamente las enumeradas cualidades de inteligencia y fuerza de ánimo. « Leed y releed (decía) las campañas de Alejandro, de Aníbal, César, Gustavo, Turana, Eugenio y Federico, tomadlos por modelos, este es el único medio de llegar a ser gran capitán, y sorprender los grandes secretos del arte de la guerra: iluminado vuestro ingenio por este estudio, os hará rechazar las máximas opuestas a estos grandes hombres. »

Verdad es que los antiguos nos transmitieron pocas particularidades, en razón a que no creyeron necesario presentarlas a los que las tenían a la vista. Después, los historiadores que no conocían la milicia, creyeron, divulgaron y con su bello modo de exponer, hicieron que se creyesen algunas extravagancias, que combatidas por una crítica desdenosa sirvieron para desacreditar la ciencia: tales son que los Números combatían sin bridas; que los Romanos, en no sé qué jornada, las cortaron para que los caballos se lanzasen con más ímpetu; sin que digamos nada del caballo de Troya en Virgilio; de los peñascos abiertos con vinagre, ni de las demás fábulas que hallamos en el no menos poético Tito Livio y en el crédulo Cornelio Nepote. En las batallas antiguas tuvo después lugar la narración de hechos particulares, y hasta cierto punto también los discursos que aparecerían ridículos puestos en boca de nuestros contemporáneos.

Y en verdad, la relación de las batallas siempre nos ha parecido una de las más fastidiosas que puede presentar la historia, y especialmente la moderna. ¿A quién no causará despecho ver al médico Filipo censurar los planes del Gran Alejandro, así como Botta los de Napoleón? Y sin tomar esto en cuenta, ¿de qué sirven estas descripciones de las batallas? El hombre instruido en el arte nada aprende en ellas, porque no son bastante técnicas; el aficionado se fastidia de estas interrupciones de la rápida sucesión de la narración, y la histo-

ria toma cierto aire romanesco indecentísimo. Se repite la anédocta del abate Vertot, el cual habiendo recibido la verdadera relación del sitio de Malta para su historia, exclamó: *Me fastidia, pero mi relación ya está hecha*. Gibbon mismo, describiendo una batalla, tuvo la conciencia de añadir por medio de una nota, que tenía á la vista una de las de Tasso. Algun autor moderno podría yo citar, que no lo confesó y sin embargo hizo otro tanto (1).

¿Cuántos hay que después que un autor ha colocado en el campo los dos ejércitos, suelen saltar de dos en dos las páginas en que se describe la pelea, para llegar pronto al resultado? Yo no podría condenarlos, sino condenándome á mí mismo; sin embargo, en mi Historia he evitado las descripciones de las batallas, lo que me ha dejado un ancho espacio para tratar de los elementos que mas evidentemente contribuyeron al progreso de la humanidad. Me restaba, pues, la obligación de acompañar también las vicisitudes de este arte, sin causar superfluas dilaciones en la narración, y aquí las expondrémos.

Bien conozco que la primera objeción que me harán será que soy extraño al arte de que voy á hablar. Justísima reflexión que habría bastado para disuadirme de mi intento, si no hubiese visto que muchas veces se ocuparon en estas tareas otros que no eran militares, y ya hemos nombrado mas de uno. ¿Quién dió á la Francia la historia de su milicia antigua? Un monje (2). Esto prescindiendo de que no tengo la pretensión de tejer la historia general de este arte, sino de hacerla, como es el objeto de esta colección, una ilustración y un complemento de mi historia. Para el objeto á que destino este trabajo, me ayudará el haber sido precedido de muchos que lo trataron. Tengo á la vista tres historias del arte de la guerra y la una no tiene escrúpulo de copiar lo otra á mansalva; Rocquencourt, confesando lo mucho que debe á Nisas; y la Biblioteca Militar, disimulando lo que de ambos toma prestado. ¿Les dirémos por esto plagarios? No me atreveré, porque cada uno añade su propio modo de ver y se aprovecha de lo que ya estaba hecho para dar un paso mas adelante; é ir adelante es vencer, repetirémos con Federico II. Otro tanto haré yo, y espero añadir no poco, deponiendo, sin embargo, la pretensión de originalidad, que tal vez solo podría obtener sosteniendo paradojas del modo que lo hizo Algarotti, el cual no se sabe si se chancea ó habla seriamente. No he aspirado á

(1) En 1846 el duque de Belluno publicó una *Historia del ejército de reserva* con documentos oficiales que desmienten enteramente las particularidades mas preconizadas de la batalla de Marengo, y especialmente las de Thiers, que consagra la mayor parte de su *Historia del Consulado y del Imperio* á los preparativos y ejecuciones de batallas. La batalla de Waterloo dió últimamente (1862) márgen á discusiones entre historiadores, estratégicos, noveladores, biográficos, cuyo único resultado ha sido la incertidumbre en que nos quedamos de sus accidentes.

(2) DANIEL, *Hist. de la milice française*.

escribir un libro para los militares sabios, pues solo he querido hacer familiares ciertos conocimientos que pongan en estado de juzgar de este arte, hasta á los que le son profanos.

Uno de los autores de quien mas nos serviremos es griego, y teniendo que hablar de las cosas romanas, escribía: « No me causará maravilla si el que nació en aquella República halla incompleto mi trabajo porque faltan algunas particularidades. Perfectamente instruidos en los asuntos de su país, se ocuparán mas en notar lo que omití que en aprobar lo que yo haya dicho, y no pensarán que el escritor trató ligeramente algunas cosas porque le parecieron de poca importancia, sino que dirán que las descuidó por ignorancia; y haciendo suponer que lo que se expuso era mediano ó superfluo, y al contrario presentado como circunstancias indispensables las omitidas, se proclamarán mucho mas instruidos que el historiador. Pero la equidad exige que se valien los historiadores, no por las omisiones, sino por los hechos que refieren. Si en ellos se encuentra una alegación falsa, ciertamente pecaron por ignorancia; pero si cuanto dicen es verdadero, ¿por qué no se admite que voluntariamente descuidaron otros hechos? Esto lo decimos por aquellos que juzgan un libro con mas crítica que justicia (1). »

Aquí era oportuno repetir este pasaje, porque tendremos necesidad de aquellas excusas; y solo añadiré, que sirviendo el presente trabajo para ilustración de mi Historia, he creído que debía sostenerlo en uniformidad de sentimientos con ella, armonizarlo con la marcha general de la sociedad, buscando su reciproca influencia. También deberé á las veces dejar á la palabra su científica crudeza ó dar á la expresión una crueldad que estoy muy lejos de tener en el corazón. Lejos del tono de preceptor, aquí donde tengo ménos derecho que en otra parte, tomaré las doctrinas como las he encontrado, tratando siempre de asociarlas á los hechos, que es el mejor correctivo á las inconexas particularidades de los unos y á lo absoluto de las otras. Sin embargo, recordaremos que el archiduque Carlos escribía á Paskevitz: *En la guerra es necesario saber transigir con los principios*; y otro ilustre mariscal, habiéndole preguntado sobre las Memorias que habia publicado uno de sus colegas, contestó: « Exce- » lentes; pero todo marcha en regla, todos » cumplen las órdenes, todos están á punto; » cuando la experiencia me ha enseñado que » en la guerra ocurre de muy diferente modo. »

§ 3. PRIMEROS TIEMPOS DEL ARTE.

Nada queremos tratar de los pueblos todavía privados de instituciones civiles, ni seguir las alternativas de las armas defensivas y ofensivas, desde el palo y la piedra primitiva de Hércules,

(1) POLIBIO en los fragmentos de Mai.

en su larga carrera, en la cual, á medida que llegaron á ser mejores, se hicieron ménos necesarias. Aquí buscamos el arte y nada nos consta del de los pueblos antiguos, ni hallamos certeza hasta que no entramos en la historia de los Griegos. La primera guerra de los tiempos heróicos en que aparecen operaciones militares algo regulares y algun orden ó disciplina, es su expedición contra Tébas, donde se descubre que el elemento de la guerra fué la lucha y el pugilato, tanto que quisieron conservar su memoria en los juegos nemeos instituidos en aquella ocasión. Apenas se reunieron muchos en una misma empresa, conocieron la necesidad del orden, esto es, de mando y de obediencia: los reyes de cada país juntaron sus valientes y marcharon con ellos, sin formación precisa, acampando á la ventura, y mudando de forma segun las circunstancias. Llegado que hubieron á la pelea, conocieron la necesidad de perfeccionar las armas, de molestar mas al adversario que se tenía al frente y ménos á los auxiliares que estaban á los flancos, y de estrecharse para no ser desordenados por los enemigos. Se formaron, pues, en masas, y la experiencia les demostró que habia un término, mas allá del cual estas no debían ya engrosar. De este modo marchaban contra el enemigo, mientras los jefes, fuera de la formación, se atacaban personalmente y muchas veces por ver sus duelos todo el ejército suspendía el combate. Tenemos ya un pensamiento establecido al cual se debían uniformar las operaciones, una constancia superior al ímpetu y un valor que sabe esperar y sufrir los reveses de la fortuna.

Así se manifestaron también en Troya, donde no se puede ver mas que la infancia del arte. Los reyes de varios países coligados se reúnen en la Tauride, y de allí zarpan en una numerosa escuadra. Llegan á las costas del Asia, desembarcan, sacan á tierra sus naves desprovistas de áncoras y con palo movable; devastan el país aliado; después cada jefe coloca su tienda donde le parece; pero en medio sus tropas. Solo en un inminente peligro piensan en abrir un foso al rededor del campamento. Desde él se lanzan de vez en cuando contra Troya, sin que se pueda comprender de qué modo trataban de tomarla, porque allí podían entrar auxiliares y víveres y no habia obras para aproximarse á la fortaleza, ni máquinas para destruirla; y solo de tiempo en tiempo daban los Griegos un asalto, ó los Troyanos hacían una salida; entónces peleaban en el llano interpuesto: los Griegos, ordenados y silenciosos, los otros dando gritos, llevando carros para sus generales y mezclándose en luchas particulares, sin trompas, sin armas de hierro y sin caballos. Si los sitiadores sucumbían, huían hasta las naves en los carros; si los otros, se refugiaban en la ciudad. Así estuvieron diez años hasta que parece convinió en la paz (1): los que dijeron que Troya

(1) Véase nuestra *Historia Universal*, lib. II, cap. 29.

sucumbió, lo atribuyeron á una astucia tan pueril que se asemeja á un cuento de viejas.

Pero ya se descubren elementos de orden. Aquiles llega con cincuenta naves; en cada una lleva cincuenta hombres, de los cuales forma cinco cuerpos á las órdenes de cinco diferentes jefes. En diez años que estuvieron acampados juntamente, debieron hacer progresos en el arte que sustituían á la fuerza insensata, consistente solo en la multitud y en la fuerza individual. Tal vez allí inventaron la falange, cuya organización veremos mas adelante. En Homero hallamos el oro, la plata, el estaño; pero no el hierro. La palabra *calcos* que usa, no significa bronce, sino cobre, como puede comprenderse con solo atender á que de él se hacían los trípodes, yelmos, escudos y corazas. *Sideros* no quiere decir hierro, sino un metal poco maleable y frágil, que probablemente era el bronce.

Los ejércitos no tenían ninguna uniformidad; unos llevaban las armaduras de estaño, otros de bronce, otros de cobre ó de oro; quién empleaba la lanza, quién la espada, quién combatía en carro, quién á pié, y cada uno pensaba en sí y en sus propios hombres. El yelmo de los héroes de Homero es generalmente de cobre, sin visera ni barbada. La cimera comunmente llevaba una pluma; la de Aquiles un gran penacho de oro; la de Héctor una melena de cerdas de caballo; la coraza de cobre cubría desde el cuello hasta el abdomen, y se sujetaba con hebillas á la espalda. Aquiles mató á Polidoro por detras, mientras que, al inclinar su cuerpo, las hebillas de oro, que eran demasiado largas, dejaron abierta su coraza. (*Iliada*, XX, 413.) Desde esta se extendía hácia abajo la cota de malla (*Αχιλλῶν χαλκοχιτώνισσι*. *Iliada*, I, 371.) No hay indicios de que usasen guantes; y los coturnos eran de cuero grueso y subían hasta mas arriba de la rodilla.

Algun héroe es llamado caballero, pero poco ó nada se combatía á caballo; mas bien lo hacían en carros de dos ruedas, tirados por dos, tres ó cuatro caballos, y tenían su nombre particular, Andrómaca peinaba los caballos de su marido, ponía la cebada en los pesebres y los confortaba con vino para los días de batalla. (*Iliada*, VIII, 188.) Los carros de guerra tenían delante un asiento para el que los dirigía, el cual algunas veces iba á caballo. (*Iliada*, XIX, 385.) Los caballos llevaban freno con bridas, largas riendas de cuero, y defendidos el pecho y los costados: no aparece señal alguna de espuelas, ni de herraduras, pues aunque Aristófanes nombra los caballos de uña de cobre (*χαλκοροτων ἵππων*, *Cabal.*, 513), en cambio Jenofonte enseña el modo de endurecer y redondear los cascos de los potros, sin hablar de herrarlos; ni tampoco llevaba herraduras la caballería romana. Jenofonte dice que Ciro reformó los antiguos carros troyanos, porque no servían mas que para las escaramuzas, aunque los montaban la flor de los valientes; además